

## Convivencia en Asís

### Apuntes de la Lección de don Paolo Prosperi

Viernes 24 de marzo de 2023

#### 1. En camino hacia la libertad

Todos los años la Iglesia nos invita en Cuaresma a fijar nuestra mirada en la gran epopeya del Éxodo de Israel desde la esclavitud de Egipto hacia la tierra prometida, la tierra de la libertad, que no es América –como dice la canción que no hemos escuchado casualmente<sup>1</sup>– sino la tierra de Canaán, donde «mana leche y miel».

Podríamos preguntarnos legítimamente por qué. Si ya hemos sido «liberados del yugo del mal», como canta un himno de Cuaresma que a todos os resultará familiar, ¿por qué siempre es necesario un nuevo éxodo? ¿Somos libres o no somos libres? Cada uno de nosotros lo sabe y puede responder personalmente: en parte sí y en parte no. Así es por muchas razones, una de las cuales es el hecho de que hay muchos *Egiptos* que nos tienen presos, no solo uno. Hay muchas formas de esclavitud en nuestra vida, y además no dejan de surgir siempre otras nuevas, con el cambio de las circunstancias y la mentalidad que domina el ambiente en que vivimos – una mentalidad que, como subraya insistentemente la Escuela de comunidad que estamos trabajando, ejerce inevitablemente un poder seductor sobre nosotros, aunque no nos demos cuenta. Cada época, cada momento histórico tiene su “Egipto invisible”. El ambiente se caracteriza por una cierta ideología dominante, una cierta mentalidad que domina la sociedad y que se convierte para el cristiano en un desafío, una tentación, una prueba, y precisamente por eso es al mismo tiempo *ocasión* de maduración y enriquecimiento. Porque la tentación, cuando es atravesada y vencida con la espada del discernimiento –término que al papa Francisco le gusta mucho–, siempre nos hace más conscientes y fuertes, y por tanto paradójicamente nos enriquece:

*Es imposible vivir dentro de un contexto general sin que este nos influya [...]. En nuestro espíritu inquieto y confuso anida la mentira de la mentalidad de hoy, de la que participamos porque somos hijos de esta realidad histórica que es la condición humana y tenemos que pasar por todas sus dificultades, sus tentaciones, sus resultados amargos, manteniendo la esperanza que es la vida de la vida<sup>2</sup>.*

Podemos preguntarnos cuál es el Egipto actual en el que todos más o menos vivimos y respiramos, nos guste o no. Podríamos decir muchas cosas. Hoy me gustaría detenerme con vosotros sobre todo en un rasgo particular de este nuevo “Egipto” que describiré inspirándome en el libro de un interesante filósofo coreano germanizado, Byung Chul Han, que un amigo me enseñó hace poco. El libro se titula *La sociedad del cansancio* y recomiendo su lectura sobre todo a los apasionados de Vasco Rossi, pues Han (por lo que me han contado) es uno de sus pensadores de referencia. ¡Comencemos pues!

---

<sup>1</sup> The Bay Ridge Band, *New Creation*, del CD *Spirituals and songs from the Stoop*, 1999, © Euro Company.

<sup>2</sup> L. GIUSSANI, *Dar la vida por la obra de Otro*, Encuentro, Madrid 2022, p. 68.

## 2. Una nueva (¿y antigua?) esclavitud: la sociedad del rendimiento

Una de las escenas que siempre me han parecido más sobrecogedoras del libro del Éxodo es justo el principio, cuando el autor sagrado, con dos breves pinceladas, describe el sufrimiento de los hijos de Israel en Egipto, obligados a trabajar como bestias de carga y a latigazos para construir la ciudad del Faraón. Recuerdo que cuando era pequeño, siempre que veía en televisión la película «Los diez mandamientos» de Cecile DeMille, la parte que más me conmovía era justo el principio, cuando se ve esa inmensa multitud de hombres, entre ellos ancianos y niños, trabajando como bestias en las canteras de las pirámides. Yo era un niño pero, quién sabe por qué, al ver a esos seres humanos fustigados como mulas, me conmovía hasta las lágrimas, como si mi corazón intuyera que en realidad en esas escenas había algo que me tocaba de cerca, aunque no supiera decir el qué:

*[11] Así pues, nombraron capataces que los oprimieran con cargas, en la construcción de las ciudades granero, Pitón y Ramsés. [...] Los egipcios esclavizaron a los hijos de Israel con crueldad [14] y les amargaron su vida con el duro trabajo del barro y de los ladrillos y con toda clase de faenas del campo; los esclavizaron con trabajos crueles (Éx 1,11-14)*

Ahora creo que todos estamos de acuerdo en que este tipo de esclavitud ya no es la forma dominante en nuestra sociedad actual. Si el marxismo ha fracasado, al menos en su versión clásica, es precisamente porque la dialéctica siervo-amor, oprimido-opresor, ya no parece que describa la realidad de la sociedad neoliberal donde vivimos hoy. El europeo medio –generalizando, el occidental medio– normalmente ha podido elegir sus estudios (imagino que es algo que podéis decir casi todos vosotros) y a menudo también su trabajo (es cierto que no siempre). Si se esfuerza, recibe un reconocimiento, hace carrera y sobre todo gana dinero. Los más afortunados desempeñan una profesión que les gusta y pueden cambiar si no es así, o si encuentran otra que les atrae más. Entonces, ¿la esclavitud ya está superada? Entonces, ¿ha llegado el momento en que el hombre por fin puede «comer del fruto de su trabajo», como dice el salmo (Sal 128, 2)? La respuesta, según nuestro filósofo, es no. A la esclavitud material le ha seguido otra más escurridiza y paradójica, pero no menos devastadora. ¿Qué esclavitud? En una frase, aunque luego la podremos desarrollar: la esclavitud del rendimiento, es decir, usando un anglicismo (¡como es debido!), la esclavitud de la *performance*.

Parte del famoso cambio de época que estamos atravesando consiste tal vez precisamente en eso, en que hemos pasado –como dice Han– de una sociedad disciplinaria, a base de obligaciones, deberes y prohibiciones impuestas por el orden constituido (encarnado por la familia, la Iglesia, el Estado, etc.), a la *sociedad del rendimiento*, donde en teoría ya no hay obligaciones ni deberes, sino aquello que “promueve” y “enaltece” a uno mismo, lo que esencialmente significa hacer dinero y afirmarse socialmente, demostrando ser alguien que sabe “marcar la diferencia”. «*You are the difference you make in the world*», era el gran mantra que resonaba en todas partes cuando estuve en EE.UU: «Tú existes,

eres alguien en la medida en que marcas la diferencia». No importa en qué. Lo importante es que lo hagas.

*La sociedad del siglo XXI ya no es disciplinaria, sino una sociedad de rendimiento [...] Tampoco sus habitantes se llaman ya “sujetos de obediencia” sino “sujetos de rendimiento”. Son emprendedores de sí mismos<sup>3</sup>.*

Así se entiende por qué hablaba de esclavitud *paradójica*. Paradójico es algo que parece contradictorio y sin embargo se muestra, a fin de cuentas, correspondiente con la realidad. En nuestro caso, cuando pensamos en un esclavo, pensamos en un hombre sometido a otro hombre, hasta el punto de que este último (el amo) puede obligarle a hacer lo que él quiera, puede *explotarlo*. Ahora, en la sociedad del rendimiento –afirma nuestro filósofo coreano– sucede algo distinto, es decir, “paradójico”. Sucede que aquí emprendedor y obrero, explotador y explotado son la misma persona. Tú eres el que explotas, en el sentido de que te empleas a fondo no ya para complacer a otro, sino para obedecer a tu propia necesidad de sentirte rentable, útil, “grande” (por decirlo brevemente). Por eso se trata de una esclavitud en cierto modo aún más oprimente que la esclavitud externa del siervo o el proletario:

*El tú puedes ejercer incluso más coacción que el tú debes. La coacción propia es más fatal que la coacción ajena, ya que no es posible ninguna resistencia contra sí mismo. El régimen neoliberal esconde su estructura coactiva tras la aparente libertad del individuo, que ya no se entiende como sujeto sometido, sino como **desarrollo de un proyecto** [Tú eres lo que haces de ti mismo, el famoso ideal del *self made man*]. Ahí está su ardid<sup>4</sup>.*

*Nos hallamos, por tanto, –aumenta la dosis Chul Han– en una situación paradójica. En realidad, la libertad es lo opuesto a la coerción. Ser libre significa quedar libre de coerciones. Pero ahora resulta que esta libertad, que tendría que ser lo opuesto de la coerción, por sí misma engendra coerciones. Enfermedades psíquicas como la depresión o el burnout reflejan una profunda crisis de la libertad [precisamente esa libertad que parece ser el valor supremo de nuestra sociedad –afirma Han–, esa libertad a la que se consagra la estatua que es el símbolo de América es en realidad uno de los valores que hoy más están en crisis]. Son un síntoma patológico de que la libertad se trueca hoy muchas veces en coerción<sup>5</sup>.*

Para comentar estas líneas tan lúcidas quiero destacar dos aspectos. Primero, el sujeto de rendimiento, que aunque parece que no es esclavo de nadie<sup>6</sup>, es en efecto esclavo porque vive una relación con su

---

<sup>3</sup> BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, Helder, Barcelona 2022, p.76.

<sup>4</sup> BYUNG CHUL HAN, *La agonía de Eros*, Herder, Barcelona 2014, p. 21.

<sup>5</sup> BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, cit., p. 109.

<sup>6</sup> «La supresión de un dominio externo no conduce hacia la libertad; más bien hace que libertad y coacción coincidan. [...] El exceso de trabajo y rendimiento se agudiza y se convierte en autoexplotación. Esta es mucho más eficaz que la explotación de otros, pues va acompañada de un sentimiento de libertad. El explotador es el mismo explotado. Víctima y verdugo ya no

propio trabajo y en general con su propia acción<sup>7</sup> totalmente análoga a la del esclavo. El esclavo vive *con miedo y angustia por equivocarse*, pues sabe que si se equivoca, si no hace todo lo que se espera de él, se quedará frustrado. El *sujeto de rendimiento* no tiene miedo a frustrar a los demás sino a su propio “ego” (o mejor, “*super-ego*”), que le dice que si no lo consigue, no vale nada.

Además, el esclavo *no disfruta trabajando* porque suele realizar tareas humillantes cuando no agotadoras. Aparentemente, lo contrario sería ciertamente el sujeto de rendimiento. Este se implica en actividades con las que busca prestigio y gratificación. Sin embargo, obsesionado como está por el ansia de resultados, acaba irónicamente sin lograr disfrutar de lo que hace, aunque se dedique a un oficio que en principio le gustaría. «Atrapado en un “yo ideal” inalcanzable»<sup>8</sup>, acaba consumido por el trabajo igual que un esclavo<sup>9</sup>. De ahí, según el filósofo coreano<sup>10</sup>, la difusión de la *depresión* y el *burnout*:

*El lamento del individuo depresivo, “nada es posible”, solamente puede manifestarse dentro de una sociedad que cree que “nada es imposible”. No-poder-poder-más conduce a un autodestructivo reproche de sí mismo y a la autoagresión [...]»<sup>11</sup> El sujeto obligado a aportar rendimientos se explota a sí mismo hasta quemarse del todo (burnout). En ello se desarrolla una autoagresividad que rara vez no se recrudece hasta llevar al suicidio. El proyecto resulta ser un proyectil que el sujeto obligado a rendir dispara contra sí mismo<sup>12</sup>.*

Un trágico ejemplo reciente de la perspicacia de este diagnóstico aún lo tenemos todos ante nuestros ojos y en el corazón. Cómo no pensar en esa pobre chica de 19 años que se quitó la vida en el baño de la universidad porque se sentía una fracasada. Sin duda, siempre es equivocado y reductivo explicar una tragedia mediante el contexto social o cultural. Toda historia humana es un misterio único e irrepetible, en cuyo abismo solo la mirada de Dios puede entrar de verdad. Sin embargo, la pregunta surge espontánea: ¿cómo es posible sentirse fracasada con *solo 19 años*, cuando todavía se tiene toda la vida por delante? Es posible –me atrevería a sugerir– si se vive en un ambiente donde de la mañana a la noche eres bombardeado por un único y martilleante mensaje: tú eres tu *performance*.

Segundo aspecto: la referencia de Han a la astucia del régimen neoliberal no puede dejar de hacernos pensar en el ser astuto por excelencia, la serpiente antigua (Gén 3,1 ss; Ap 12,9), el “Faraón de los Faraones”. En efecto, el (neo)liberalismo parece realizar mejor que cualquier otra ideología precedente el sueño de todo faraón que se precie, que es el de tener esclavos que no sepan que lo son y entonces lo

---

pueden diferenciarse. [...] Las enfermedades psíquicas de la sociedad de rendimiento constituyen precisamente las manifestaciones patológicas de esta libertad paradójica» (BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, cit., p. 32).

<sup>7</sup> Aquí me permito señalar que la actitud que tiene el sujeto de rendimiento en relación con el trabajo entendido como profesión tiende a convertirse (o expresa por el contrario) una postura espiritual y psicológica totalizadora que influye en todas las esferas – vida moral, relaciones familiares, vida sexual, relaciones sociales, etc. Véase, en este sentido, BYUNG CHUL HAN, *La agonía de Eros*, Herder, Barcelona 2014.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 95.

<sup>9</sup> En la jerga marxista, se diría que el sujeto de rendimiento está tan *alienado* como el obrero del siglo XIX, pues él también tiende a identificar el valor de su persona con el producto de su acción.

<sup>10</sup> Vale la pena señalar que Corea del Sur es el país donde, si no me equivoco, se sigue registrando el mayor número de horas de trabajo per cápita del mundo (o uno de los más altos).

<sup>11</sup> BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, cit., p. 30.

<sup>12</sup> BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, cit., p. 96.

son aún más. No en vano, Juan llama al diablo padre de la *mentira* (Jn 8,44). En efecto, el arma del gran enemigo de Dios y del hombre es desde siempre el engaño, el espejismo, la mentira. Ahora bien, ¿dónde está aquí el centro del engaño? Llegamos así al tercer punto.

### 3. La raíz del malestar: el *self-made man* y el olvido del Dios *todo en todo*

El error –decía Chesterton– es una verdad que se ha vuelto loca. Es decir, una media verdad, una parte de la verdad que se absolutiza como si lo fuera todo. No en vano la palabra *Diablo* (de *diabolo* = *dividir*) significa *divisor*. El Diablo es *divisor* de muchas cosas: divide al hombre de Dios, a la mujer del marido, al amigo de su amigo, etc. Pero antes aún –basta leer atentamente el relato de la caída en Gén 3,1-7 para darse cuenta– divide en el sentido de que instiga a dividir una de otra *las partes* de la verdad total, llevándonos a agigantar una y *olvidar* otras. Eso es la idolatría. La idolatría no es solo adorar estatuas y becerros de oro<sup>13</sup>. Es, en cambio y sobre todo, agigantar una parte, una parte que reluce y atrae la mirada, acabando por identificarla arbitrariamente con el todo.

Ahora bien, en nuestro caso, ¿cuál es esa parte de verdad agigantada? Esta: efectivamente, es verdad que el hombre está concebido para poder incidir en la realidad, para mejorarla con sus obras; es verdad que el hombre no puede realizarse, no puede ascender –usemos una gran palabra bíblica– a la “gloria” para la que está hecho, es decir, a su estatura plena, sino desgastándose, trabajando para mejorar la realidad, haciendo uso de toda su genialidad y creatividad. A don Giussani le encantaba citar el salmo 8 para explicar esta idea:

*Si miro el cielo, obra de tus manos,  
la luna y las estrellas que has creado,  
¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,  
el ser humano para darle poder?  
Lo hiciste poco inferior a los ángeles,  
lo coronaste de gloria y dignidad,  
le diste el mando sobre las obras de tus manos*

¿Qué es el hombre? Una mota de polvo, parece una mota de polvo. Sin embargo, esa mota de polvo es «*coronada de gloria*» – dice el salmista. ¿Por qué? «Le diste el mando sobre las obras de tus manos». Esa mota de polvo está llamada a colaborar con el Creador de cielo y tierra para *llevar la realidad del mundo a su destino*, está llamando –usando una palabra estupenda del gran Tolkien– a ser *sub-creador*.

---

<sup>13</sup> Nótese que, según la Biblia, es rasgo distintivo del ídolo ser hecho por las manos de quien lo adora: «En Horeb se hicieron un becerro, adoraron un ídolo de fundición; cambiaron su gloria por la imagen de un toro que come hierba» (Sal 106,19-20). En efecto, bien mirado esto no solo es cierto dicho del ídolo en sentido literal (estatua, imagen, etc.) sino también de cualquier otra forma de idolatría, por ejemplo de la mujer amada, de un cantante, de un líder político, etc. En todos estos ejemplos, ciertamente se trata de “fabricación” metafórica o mental. Sin embargo, tratándose siempre de “fabricación”, puesto que al identificar cierta persona o cosa con mi dios, siempre soy yo el artífice de la transformación de esa persona o cosa no divina en divinidad.

Tolkien creyó tan seriamente en esta vocación que, con el material que le ofrecía el «mundo primario», se lanzó a crear todo un «mundo secundario», cuya belleza fascinó y no deja de fascinar a millones de lectores. ¿Hay vocación más grande que esta? El relato de la creación de Adán en Génesis 2 dice esto de un modo simbólico cuando nos cuenta que el Señor primero planta *Él* el jardín del Edén (Gén 2,8) y luego invita al hombre para que «lo guardara y lo cultivara» (Gén 2, 15). Como diciendo: el primer trabajador, el primer jardinero, el primer “labrador” no es Adán, sino el Señor. Por tanto, esto significa que cultivar, trabajar la tierra, no es una tarea de esclavos, como pensaban los babilonios, es decir, los enemigos culturalmente más poderosos de Israel<sup>14</sup>. Al contrario, es la más honorable de las tareas, pues quiere decir imitar al Señor de los Señores, al creador de cielo y tierra.

Pero aquí está la trampa: decir *sub*-creador, ateniéndonos al término utilizado por Tolkien, significa decir que el hombre está llamado a trabajar una tierra que para empezar no hizo él, sino que Otro ha puesto en sus manos. Yo no puedo hacer nada «con nada» ni «de la nada». Mi trabajo siempre se aplica a algo que no he hecho yo – empezando por ese algo que soy yo mismo, como don Gius nos repetía siempre: «yo no me hago a mí mismo», aunque también es verdad que depende de mí el intentar cada día mejorar, ser alguien mejor.

¿Por qué es importante tener esto presente? ¿Por qué es importante *hacer memoria* de esto, usando la preciosa fórmula giussaniana? (Digo que es preciosa porque la expresión *hacer memoria* dice que no olvidar ya es una acción, un hacer, y por tanto es el trabajo más importante que hay: efectivamente, este que está aquí sentado a mi derecha, ¿qué hace, es consejero de administración? No, ¡en primer lugar es *memor Domini!*). Es importante por varios motivos, pero aquí destaco uno: porque hacer memoria de esto (del hecho de que lo que tengo en mis manos me lo ha dado Otro) no quita “gloria”, es decir, “peso, importancia”<sup>15</sup> a mi acción, ni a mí mismo. Al contrario, es lo que me permite percibir cuán grande es esta “gloria”. Lo que da un peso infinito a mi acción, en efecto, no puede ser *qué hago o cuánto hago*, porque lo que hago siempre es algo finito. Aunque sea Novak Djokovic y gane 22 torneos *slam*, sigue siendo un número finito (de hecho, luego llega otro que gana 27 y yo me deprimó). Lo que hago siempre es algo finito. ¡Pero tengo sed de una gloria infinita! De ahí ese hacer sin que nunca llegue la gratificación, que tan bien conocemos. «El sujeto –sigue diciendo Han– se encierra *en una rueda de hámster* que gira cada vez más rápido sobre sí misma»<sup>16</sup>. ¿Hay algo entonces que pueda rescatar mis acciones de esa finitud, existe algo que pueda dar a mi acción un valor verdaderamente infinito? Sí, existe, como saben aquellos entre nosotros que lo han experimentado: algo que introduce el *gusto* de lo infinito en la acción –cualquier acción, hasta la más pequeña y humilde– es vivirla como respuesta amorosa a la voz del Infinito que me llama a esa acción. Con palabras pobres, eso significa vivir la *memoria de Dios*.

Bien mirado, en la raíz de lo que hemos llamado *sujeto de rendimiento* encontramos justo lo contrario de esta memoria, es decir, el «*olvido del Dios todo en todo*» – como dice la potente expresión de la Escuela

---

<sup>14</sup> En los mitos babilonios, los dioses también ponen a los hombres a trabajar la tierra. Pero allí en calidad de esclavos, haciendo el trabajo “sucio” que los dioses no quieren rebajarse a hacer. En la Biblia todo eso da un vuelco. Es Dios quien planta el jardín y se lo dona al hombre para que lo disfrute, donde la paradoja está en que parte de ese “disfrute” reside exactamente en el hecho de ser llamado a colaborar con el Creador para hacer del mundo un jardín cada vez más hermoso. Me permito remitir, para profundizar en este punto, a P. PROSPERI, *Sulla caduta degli angeli. Indagine sulle origini del male*, Marcialum Press, Roma 2023, pp. 166-168.

<sup>15</sup> En hebreo gloria se dice *kabod*, que significa justamente “peso” (come cuando se dice: esa es una persona de “peso”, es decir, cuya presencia y palabra “pesan”).

<sup>16</sup> BYUNG CHUL HAN, *La sociedad del cansancio*, cit.; la cursiva es mía.

de comunidad que estamos trabajando. La palabra clave aquí es precisamente la palabra *olvido* porque describe con exactitud la dinámica de una negación que no es teórica sino práctica, existencial. Fijaos que en la Biblia (precisamente el salmo responsorial de la misa de anoche lo decía y lo repetía) es el primero de todos los pecados, podríamos decir el padre de todos los pecados. ¿Qué quiere decir olvidar? No significa olvidar que algo sea verdad sino *no pensarlo, no mirarlo*, es decir, *vivir como si no existiera*. De este modo, puedo ir a misa todos los domingos e incluso todos los días pero vivir *como si Dios no existiera*, es decir, como si toda mi consistencia, o mi gloria, mi “peso”, aquello que *me da un “nombre”*, residiera *solo* en lo que he hecho, hago y haré, y no *también* en lo que soy *más allá* de mi hacer. ¿Qué soy más allá de mi hacer? Soy el “resultado” de un continuo Acto de amor que me elige – *continuo* porque yo no recibí el ser hace 48 años y ahora sigo adelante yo solo mientras la batería se va descargando. No, yo soy *continuamente* “sacado de la nada” por Otro que me hace, que me da el ser. Pues bien, olvidar el *Dios todo en todo*, existencialmente hablando, quiere decir esto: vivir como si fuera yo quien me hago (ese es el *self-made man*), y no «Tú-que-me-haces». La ironía está en que el paso siguiente a este olvido es exactamente la pérdida del *gusto del hacer*.

Las consecuencias de la pérdida de ese gusto las conocemos bien: inseguridad, estrés por el rendimiento, competencia, envidia, celos (que detestamos pero que existen), incapacidad para alegrarse por el éxito de otros (es decir, una caridad genuina con el prójimo), un narcisismo que corroe como un gusano no solo nuestra relación laboral sino también con los demás (lo que es peor) – porque si mi “consistencia” o mi “gloria” reside *en mi performance*, entonces viviré continuamente necesitado de alguien que me aplauda y reconozca mi *performance*, que me diga: «¡qué grande eres!» (¿acaso no pasa esto también en la relación entre nosotros demasiado a menudo?). Los demás, como en el mito de narciso, se convierten en espejos donde necesitas mirarte continuamente buscando la confirmación de lo que vales. Las relaciones se corrompen así desde dentro, nos usamos sin quererlo, incluso contra nuestra propia voluntad. Porque a uno le gustaría ser gratuito, puro, sincera y gratuitamente apasionado por el bien del otro, pero en cambio percibe dentro de sí esta maldita necesidad de verse afirmado por los demás, que se insinúa sutilmente en todas las relaciones volviéndolas terriblemente políticas, enturbiándolas y haciéndolas ambiguas. «¡Desgraciado de mí! –dan ganas de gritar con san Pablo– ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor!» (Rom 7,24-25).

#### **4. Nosotros hemos contemplado su gloria: Cristo camino, verdad y vida**

Cualquiera puede intuir (incluso quien no haya tenido un encuentro como el nuestro), aunque sea *confusamente* puede intuirlo igualmente, que esta vida no es la vida para la que está hecho nuestro corazón. El corazón quiere otra cosa: «Cada cual concibe confusamente y desea un bien en el que se recrea el alma»<sup>17</sup>: *en el que se recrea el alma*, es decir, donde encuentra descanso, paz, libertad verdadera. Cada cual *confusamente* sabe que está hecho para una “gloria” que es otro tipo de gloria que la que la sociedad del rendimiento nos empuja a perseguir – en el trabajo, en las relaciones, tal vez hasta en el movimiento (!), mediante la búsqueda de cargos y honores. ¿Qué gloria? Es la pregunta de las preguntas:

---

<sup>17</sup> DANTE ALIGHIERI, *Purgatorio*, XVII, vv. 127-128.

¿cuál es la *gloria* que el corazón desea verdaderamente? La respuesta es sencilla, aunque hace falta «haber recibido una gran gracia», como dice Péguy, para que no resulte extraña: esa gloria que Juan y Andrés, Simón Pedro y todos los demás vieron brillar en la carne del hombre Jesús:

*Y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14c-d)*

En el hombre Jesús de Nazaret por fin hace aparición en la escena de la historia la *verdadera vida*, la *verdadera gloria*, esa vida y esa gloria que nuestro corazón desea desde siempre, pero que por sí solo no podría alcanzar, ni siquiera imaginar, si no se la hubieran puesto delante, como se puso ante los ojos de Juan, Simón Pedro y su hermano Andrés.

Intentemos ahora decir algo de esta gloria. Balbuceos, sin duda, pero debemos intentarlo [porque al final solo hay dos cosas –como dijo una vez don Giussani– de las que vale la pena hablar: el objetivo de la vida y el camino para llegar, la meta y el camino]<sup>18</sup>. Y Cristo, como estamos viendo en la Escuela de comunidad, el hombre Jesucristo es ambas cosas: «yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). «Yo soy la vida» quiere decir: «yo soy la meta, el objetivo», porque el objetivo para el que estás hecho es entrar cada vez más en mi vida, es decir, en mi mentalidad, *en mi punto de vista* sobre la mujer, sobre el trabajo, sobre todo. Este es el objetivo, pues de lo contrario Cristo, la familiaridad con Cristo sería como un hermoso castillo en el aire que está ahí pero no se entiende bien lo que es<sup>19</sup>. Pero Cristo dice también: «Yo soy el camino». Soy el camino porque mirándome a mí, siguiéndome a mí, *permaneciendo* conmigo es como podrás entrar en mi vida. Así fue con los primeros: «y se quedaron con él aquel día» (Jn 1,39). Así es para nosotros. Por eso debemos ayudarnos a mirar a la cara a este Cristo. Estamos juntos para esto. Volvamos a intentar, por enésima vez, identificarnos, como nos enseñó a hacer don Gius, con los primeros que lo encontraron, Juan y Andrés. Cuántas veces nos invitó don Giussani a imaginar lo que pasó aquella famosa primera tarde que Juan y Andrés pasaron con Él, cuando fueron y vieron «*dónde vivía*» (Jn 1,39). Pues bien, permitid que me atreva a hacer una variación respecto al relato de don Gius. Imaginemos que no solo lo hubieran «visto hablar». Imaginemos que Jesús también les enseñó su oficina, vamos a llamarlo así, donde se pasaba tantas horas, jornadas enteras, a veces por las noches, durante su primera juventud, tallando sillas, mesas, arados y demás, en compañía de José. En efecto, resulta improbable que hiciera eso aquella tarde (tan improbable como que la casa donde les llevó aquel día fuera en Nazaret, dada la distancia que había). Pero imaginemos que lo hiciera alguna otra vez, más adelante, cuando Juan y Andrés ya eran sus discípulos y él ya había empezado a hacer milagros y era el hombre del momento, buscado y venerado por las multitudes. Imaginemos el asombro, más aún, el desconcierto de Juan –que era el más reflexivo, el más profundo de los discípulos– al ver el cuidado

<sup>18</sup> «Hablar idealmente de la vida quiere decir identificar la finalidad de la vida y el camino para alcanzarla. Y esta finalidad de ninguna manera la pensamos o la imaginamos nosotros mismos, sino que se nos da» (L. GIUSSANI, *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid 2008, p. 58).

<sup>19</sup> «Nada más levantarnos, la fe nos abre a una mentalidad distinta de la que nos rodea al salir de casa (o aunque nos quedemos en casa): una mentalidad distinta (ya que la mentalidad es el *punto de vista con el que el hombre enfoca todos sus actos*). (...) El primer modo de influir en la vida del hombre que tiene esta imitación de Cristo (...) es que produce una mentalidad nueva, una conciencia nueva, que no puede reducirse a ninguna ley del Estado o costumbre social: una conciencia nueva que es fuente y reflejo de una relación auténtica con lo real, en todos los detalles que implica la existencia» (L. GIUSSANI, *Dar la vida por la obra de Otro*, cit., pp. 86-87).

extremo, la meticulosa paciencia con que el maestro dedicaba una jornada entera a tallar una silla –una *sola silla* (!)– que quería hacer para fulano de tal mientras fuera había una multitud de miles de personas esperando ver alguno de sus milagros. «¡Pero cómo, si todos te están buscando!». Pero él ahí, talla que te talla... Imaginemos a Juan mirando alrededor, observando las herramientas, una a una, y viendo pasar ante sus ojos, como un *veloz flashback*, todos los años que Jesús había pasado allí, en el anonimato, puliendo mesas – él, que con un chasquido de sus dedos podía alimentar multitudes, él que con la fascinación de su voz podía hechizar al mundo entero. ¿Por qué? Juan no comprendía. En ese momento no comprendía. Comprendió después, muchos años después, con la ayuda del Espíritu (cf. Jn 16, 12-15), porque sin la ayuda del Espíritu –puede parecer un paréntesis, pero no lo es en absoluto– no se comprende nada de Cristo, y de hecho don Giussani siempre nos dijo que no existe ninguna oración, ninguna jaculatoria más importante para nosotros que esta: *veni Sancte Spiritus, veni per Mariam*. Nada es más importante que mendigar al Espíritu, porque sin Su ayuda nos quedamos siempre en la antesala, sin entrar en el corazón de la cuestión, nos quedamos siempre al inicio esperando siempre lo mismo, como los niños que siempre están esperando la merienda, incluso cuando tienen delante el bistec más sabroso y nutritivo del mundo. Y bien, ¿qué es lo que Juan comprendió *después*? Comprendió que la gloria que Jesús buscaba no era como la que buscaban los fariseos y los escribas. Era una gloria distinta.

¿De qué gloria se trataba? «Y hemos contemplado su gloria: *gloria como del Unigénito del Padre*». Era una gloria de Hijo, gloria de alguien para quien todo honor, todo orgullo, toda satisfacción consistía en responder a su Padre, entregándose instante tras instante en la tarea que el Padre le daba, ya fuera dar de comer a cinco mil personas o cepillar una mesa para el señor X. En este sentido, ¡qué bonito es el principio del Padre nuestro! «Orad así: Padre nuestro que *estás en el cielo*». *Que estás en el cielo*. ¿Por qué *en el cielo*? Porque el cielo es la vastedad infinita y al mismo tiempo es luz, fuente de luz que ilumina las cosas. No sé si habéis estado alguna vez en Palestina y habéis visto cómo aparecen las siluetas de la gente, cuando estás en el desierto y tienes de fondo la inmensidad del cielo. Padre nuestro que estás *en el cielo* significa: Padre, que estás en ese fondo que envuelve de luz y de infinito todas las cosas, el rostro de la Magdalena y el del leproso, la multitud hambrienta y la madera de la mesa para el señor X.

Todo era grande para él, todo. También –aunque habría que decir más aún– la tarea más oculta, humilde e incluso humillante, mortificante. ¿Por qué? Porque «cuanto más silencioso, mucho más amor»<sup>20</sup> – escribe don Giussani en una de sus potentes cartas juveniles a Angelo Majo. Porque justamente esa tarea le permitía desencadenar mucho más «su gloria de Hijo», es decir, mostrar *hasta qué punto* era Hijo, *hasta qué punto* amaba al Padre; y al mismo tiempo mostrar *hasta qué punto* la caridad, es decir, la pasión por el bien de cada hombre brotaba en él de la paz de esta Filiación. «¡Venga Señor, haz un milagro delante de todos para que el mundo crea!» (cf. Jn 7,4). Pero no: hoy nada de milagros. Hoy toca tallar

---

<sup>20</sup> «El amor se encierra solo en el acto que estamos realizando: cualquier acto; y cuanto más silencioso y limitado respecto al deseo desbordante y expansivo del corazón, mucho más “amor”» (L. GIUSSANI, *Cartas de fe y amistad. Una correspondencia sacerdotal*, Encuentro, Madrid 2010, p. 48). En una carta anterior, el joven Giussani ya había insistido en la misma idea, aplicándola al estudio. «Y ahora vuelvo a mis libros, y pienso que, desde marzo hasta hoy, [...] estoy aplicándome al estudio con una intensidad extrema, en todo semejante a la de la selectividad clásica. ¿Estoy cansado?... Esta limitación, esta soledad, esta silenciosa y fatigosa renuncia a la expansión viva de la impetuosidad del afecto que bulle en mi corazón, es verdaderamente un gran sacrificio. Lo haría durante toda mi vida. Precisamente porque es puro sacrificio, sacrificio agudísimo, silencioso e ignorado sacrificio» (*ibídem*, pp. 42-43).

madera. ¿Por qué tallar hoy? Para que el señor X también sepa que vale igual que los otros cinco mil, para que el señor X sepa que vale la jornada del Rey.

Para decirlo todo, su forma de hacer milagros también solía resultar extraña. Como aquella vez en Caná de Galilea, cuando transformó el agua en vino, su primer “gran” signo. Aquel con el que –tal como cuenta Juan– por primera vez *manifestó «su gloria»* (Jn 2,11). ¡Lástima que entre los presentes en la fiesta muy pocos se enteraran de lo que había hecho, pues quien se lleva a casa las alabanzas del mayordomo por ofrecer un vino tan exquisito es el novio y no Él!<sup>21</sup> Una extraña manera de «manifestar la propia gloria»... Tan extraña que surge espontánea la pregunta: ¿pero qué gloria es esta? «*Su gloria, (...) llena de gracia y de verdad*» (Jn 1,14b). Una gloria distinta de la que los hombres buscan, es cierto. Y sin embargo, a fin de cuentas, la única gloria verdaderamente «llena de gracia y de verdad», la única gloria que corresponde verdaderamente al corazón, a nuestro corazón.

¿Cuál es la gloria para la que está hecho el hombre? Según la Biblia, como sabemos, la respuesta es: hacerse semejante a Dios, parecerse a Dios (Gén 1,27). ¿Pero qué quiere decir parecerse a Dios? Esta es la verdadera pregunta. De hecho, si Cristo no hubiera venido, no tendríamos más que una vaguísima idea de lo que esto significa. Sencillamente porque «a Dios nadie lo ha visto jamás» (Jn 1, 18). «A Dios nadie lo ha visto jamás», escribe Juan al final del prólogo de su evangelio. Nadie excepto él, el hombre Jesús, «el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre» (Jn 1,18) – él ha visto a Dios, lo conoce y por ello se mueve como un hombre de la manera en que se mueve: para imitar a ese Dios que Él ha visto, para reflejar en cada gesto suyo, en cada movimiento suyo, la gloria de ese Dios que solo Él ha visto. ¿Y cómo es ese Dios? ¿Qué es a fin de cuentas lo que solo Él sabe de Dios mientras que los fariseos, que se saben de memoria las Escrituras enteras, no lo saben? Que Dios es caridad, *Deus caritas est*, dice san Juan<sup>22</sup>. Dios es *puro don de sí*, traduce don Giussani<sup>23</sup>. Lo que Jesús sabe y los fariseos y escribas no saben es que la gloria del Dios verdadero es gloria de un Dios cuya alegría, cuya vida no consiste en otra cosa que no sea donarse por entero, toda Su sustancia, a Otro, al Hijo. Dios es caridad, don de sí total. ¿De qué goza el Padre? La alegría del Padre está por entero en dar al Hijo *todo lo que es suyo*. Esto es lo que Jesús sabe y sus enemigos ignoran.

Llegados a este punto, podríamos objetar: ¿pero qué cambia en mí el hecho de saber o no saber “cómo es Dios”? ¿Cambia todo! Porque, como decíamos, todos aspiramos a “ser como Dios”, poco se puede hacer. No solo los fariseos y escribas, nosotros también. Conscientemente o no, es lo que todos deseamos. ¿Es un error? No, no es un error. Dios nos ha hecho así: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26), dice el Génesis. El problema es otro. El problema es que sin Cristo, sin la gracia del encuentro con Él, es como si fuera imposible llegar a entender qué quiere decir «ser como Dios». Y eso pasa, como hemos dicho, ¡porque no conocemos a Dios! Jesús en cambio lo conoce, como Él mismo repite continuamente en sus conversaciones con los fariseos que leemos en misa estos días: «Si dijera

---

<sup>21</sup> «El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al esposo y le dijo: “Todo el mundo pone primero el vino bueno, y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora”» (Jn 2,9-10).

<sup>22</sup> «¿Cómo se explica la naturaleza de Dios, cómo nos la ha explicado Él, más allá de todas las imágenes que hayan podido construir las filosofías humanas? Una fuente del ser que se da por entero, generando de este modo al Hijo y desbordándose de esta relación una energía amorosa y conmovida idéntica a la suya, que es el Espíritu Santo. Y, de hecho, san Juan dice que *Deus caritas est*, Dios es amor» (L. GIUSSANI, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, p. 248).

<sup>23</sup> Cf. L. GIUSSANI, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 236-238.

“No lo conozco” sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra» (Jn 8,55). «Lo conozco, creedme, ¡lo conozco! Por eso me muevo como me muevo, voy donde voy y hago lo que hago». Porque conoce al Padre, Jesús busca la gloria que busca. ¿Qué gloria? La gloria que encuentra sirviendo, entregándose totalmente para que Juan viva, para que Simón viva, para que Andrés viva, igual que el Padre encuentra Su gloria generándole a Él, amándole a Él. «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo» (Jn 15,9a).

Para mí, no hay en todos los evangelios una escena donde todo esto se exprese de una forma más potente y sobrecogedora (no en palabras, entendedme, no con palabras sino con un gesto, una acción) que el lavatorio de pies, tal como narra el capítulo 13 del evangelio de Juan. Acabamos poniéndonos delante de esta escena, que es sin duda el icono supremo de una concepción nueva del trabajo, más aún, de un *gusto* nuevo en lo que se hace, que Cristo ha traído al mundo y que poco a poco se comunica por ósmosis hasta llegar a nosotros, si tenemos la sencillez de estar con Él, de permanecer pegados a Él, presente en nuestra compañía:

*[2] Estaban cenando, (...) [3] y Jesús, sabiendo que el Padre **había puesto todo en sus manos**, que venía de Dios y a Dios volvía, [4] se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; [5] luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido.*

Subrayo brevemente un par de cosas a propósito de estas pocas pero grandiosas líneas. Primer subrayado: «*Estaban cenando*». En los detalles particulares aparentemente marginales, Juan siempre deja ver algo más grande. Como hace aquí: no *antes* de la cena ni *después* de la cena. Jesús se levanta para lavar los pies a los suyos *durante* la cena – parece absurdo, insensato. ¿Pero cómo? ¿Te levantas para lavar los pies a los tuyos en medio del banquete? «Sí, quiero hacerlo en medio del banquete». ¿Por qué? ¿Pero si es obvio! Para decirle a los suyos que para él, para el hombre Jesús, lavar los pies a los suyos es un placer, una acción que hace con gusto, con tanto gusto como prueba una copa de buen vino.

Segundo subrayado: *sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos* (sabiendo que había llegado el momento de asumir el trono que le esperaba, sabiendo que estaba destinado a reinar sobre el mundo entero), *que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, etc. (...)*.

«*Sabiendo que*»: aquí tenemos uno de esos raros momentos en los que Juan es como si nos permitiera asomarnos por un instante en el corazón humano de Cristo, ese corazón a cuya intimidad él, el discípulo amado, accedió más que cualquier otro – recuerdo, a modo de inciso, que Juan no solo era el que estaba más cerca de Jesús durante la cena, sino que además escribe su evangelio bajo la inspiración del Espíritu Santo, por lo que no nos está contando patrañas. ¿Y qué nos dice? Que el Señor, en un momento de la cena, está tan dominado por la conciencia de que ya ha llegado Su hora, la hora en que debe llevar a cumplimiento la obra que el Padre le ha confiado, antes de volver a Él, que es como si ya no pudiera seguir estando ahí sentado o recostado. Debe decir a los suyos lo que va a hacer. Más que decir, debe hacer un gesto, un gesto que sea como el símbolo de lo que va a hacer – su gran obra, la obra que le dará el poder sobre todo el universo, que es la muerte en cruz (!). ¿Y cuál es este gesto? «Se levanta de la cena» –imaginemos a este Jesús que se pone en pie, totalmente consciente de su regia misión– se levanta de la cena... ¿y qué hace? «Se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la

jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos». ¡Ahí va! ¿Cómo se combina la imagen de este Jesús que se pone en pie con la actitud propia de un soberano que parecía que iba a hacer quién sabe qué y se pone a hacer un gesto que es propio de un esclavo? Pues así es, porque esto es lo que, para Jesús, quiere decir tener «todo en sus manos», (Jn 13,3): usar sus manos “venerandas” para lavar los pies a los suyos. Esta es la revolución cristiana, la revolución que Cristo introduce en el mundo al concebir no solo el trabajo entendido como profesión sino cualquier acción, todo eso está aquí, en este cambio de perspectiva por el que una acción que a los ojos del mundo parece humillante, mortificante, se llena de gloria, de grandeza y por tanto de gusto – un gusto que es incomparablemente superior al mayor éxito profesional. Permitidme ahora que os lea, casi como un corolario de todo el recorrido que hemos hecho, una carta (la recibí ayer) que me ha enviado un amigo de Boston. Se llama Luca y ha estado enfermo por una grave leucemia durante el periodo en que su mujer esperaba a su tercer hijo. Así describe Luca lo que ha vivido y aprendido durante ese tiempo tan misterioso de enfermedad: «Quiero contarte la experiencia que he vivido durante los últimos dos años, desde que en octubre de 2020 me diagnosticaron una leucemia aguda y me ingresaron para la quimioterapia y el trasplante de médula, todo en el arco de un par de meses, cuando mi mujer estaba embarazada de ocho meses de nuestro tercer hijo, Carlo, que se llama así por el beato Carlo Acutis, que ha colaborado en mi curación [además su sepultura está aquí, en Asís]. Carlo nació cuando yo estaba ingresado con tres días de aislamiento total después del trasplante. Durante muchos meses estuve muy débil, incapaz de hacer nada, ni construir un “lego” con Giovanni, nuestro hijo mayor, que ahora tiene nueve años. Me he preguntado muchas veces qué valor tenía yo en esa situación; en un mundo en el que no puedes hacer nada, no eres nada. A los tres o cuatro meses del trasplante salí por primera vez al jardín, caminaba a duras penas. Giovanni se me acercó y me dijo: “venga papa, vamos a jugar al fútbol”. Esto me hizo volver a entender quién soy: para él yo era sencillamente su padre. No tenía la más mínima conciencia de lo debilitado e incapacitado que estaba. Comprendí que uno descubre su valor por cómo le miran los que le aman, que es signo de Cristo que me ama. Solo en relación con un amor gratuito, puedo entender mi verdadero valor».